

Mutaciones de nuestro Régimen informacional
Rupturas y desbordes de la comunicación actual

Alberto Pacheco Benites

Mutaciones de nuestro Régimen informacional

Rupturas y desbordes de la comunicación actual



Universidad de Ciencias
y Artes de América Latina

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

303.4833 Pacheco Benites, Alberto, 1986-
P13 Mutaciones de nuestro régimen informacional : rupturas y desbordes de la comunicación actual / Alberto Pacheco Benites.– 1a ed.– Lima : UCAL, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea, Asociación Gráfica Educativa).
131 p. ; 24 cm.

Bibliografía: p. 127-131.
D.L. 2018-12023
ISBN 978-612-47441-5-0

1. Tecnología de la información - Aspectos sociales 2. Comunicación - Innovaciones tecnológicas 3. Sociedad de la información 4. Medios de comunicación de masas - Innovaciones tecnológicas 5. Internet de las cosas 6. Internet - Aspectos sociales I. Universidad de Ciencias y Artes de América Latina II. Título

BNP: 2018-445

©Alberto Pacheco Benites, 2018

©Universidad de Ciencias y Artes de América Latina – UCAL
Av. La Molina 3755, Sol de La Molina, La Molina, Lima-Perú
www.ucal.edu.pe
publicacionesucal@ucal.edu.pe

Primera edición
Lima, septiembre de 2018
Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-12023

Comité Editorial UCAL
Carla Olivieri, María del Carmen Llontop, Mario Gutiérrez,
Oscar Mas, Rudolf Giese y Marco Vidal

Edición y corrección de estilo
Ana Lucía Martínez

Diseño de cubierta
Alejandra Engelhardt

Interiores y diagramación
Laura Márquez Palacios
Kristel G. Carrillo

Impresión
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Breña
Publicado en Septiembre de 2018
Impreso en el Perú / Printed in Peru

A Louise, por toda la fuerza, cada día.

A Julio, por darme un camino y por tanto.

ÍNDICE

Agradecimientos	09
Ciertas precisiones (a modo de Introducción)	11

Capítulo 1

Muta la información. Por una ligera cartografía del régimen informacional actual	15
1.1. Acerca de qué es un «régimen informacional» y en qué se edifica el nuestro	17
a. Transmitir y almacenar	17
b. Un régimen de la Ubicuidad	20
1.2. El régimen y el valor-como-objeto	25
a. Sobre la «Informatibilidad». Un asunto sobre el valor que muta	25
b. Flujo. Síntoma de la caída «informatibilidad»	30
Excurso # 1, en tono anecdótico. El presentismo y la procrastinación	39

Capítulo 2

Muta lo cotidiano. Sobre tres «explosiones» del régimen	47
2.1. Confesión y Control: Mutaciones de la privacidad	48
a. Primera fase de la mutación en la privacidad: narrativas confesionales	51
b. Una segunda fase: control y más informatización	54
c. Un Estado desencajado	61
2.2. La «Informatización» de (toda) la vida: <i>ad portas</i> de otra mutación	66
a. IOT y sus implicancias en la información	69
b. Recapturas de la información: privacidad y mercantilización	72
Excurso # 2, en tono especulativo. ¿De lo virtual a lo qué?	76

Capítulo 3

Mutaciones que ya nos tomaron por asalto. En torno a las viejas guardianas de la información	79
3.1. Mutaciones educacionales: conocimiento como acceso y concepto como imagen	82
a. Acceso como conocimiento	84
b. Concepto como imagen	87
c. ¿Un (re)pensar la institución?	89
3.2. Neo-censuras y violencia «formal»: muta lo periodístico	93
a. El periodismo padece de «datitis»	93
b. Los juegos de la Legitimación	95
c. La violencia de la velocidad. Sobre la forma de transmisión	99
Excurso # 3, en tono serio. Estrategias de la violencia como contenido periodístico	102

Capítulo 4

De máquinas que mutan. Breve reflexión sobre los soportes de este régimen	109
4.1. Sobre los temores actuales de la relación Hombre-Máquina	111
a. La autonomía del individuo mecánico y la autonomía del individuo social	111
b. Sueño y pesadilla del mismo lado, entre la desconexión y hiper-conexión	113
4.2. Máquinas de flujo: sobre la transparencia de las superficies	115
a. Idea(s) de superficie	116
b. La transparencia que fascina	119
Excurso # 4, en tono curioso. Sobre las «máquinas abiertas» del IOT	122
Referencias	125

Agradecimientos

Partiendo por UCAL, agradezco a Carla Olivieri, Rectora de la Universidad, por haber apoyado la publicación; a María del Carmen Llontop, Vicerrectora académica y directora de investigación, por apostar por este libro desde el inicio y haber sido comprensiva hasta su conclusión; a Mario Gutiérrez, Decano de la Facultad de Comunicación, que fue el primero en respaldar la idea.

A un nivel personal, agradezco en primer lugar a Louise Lagarrigue, por empujar este libro (y a mí) cada día y con más compromiso que nadie; a Cristias Rosas y a Alejandra Engelhardt, por haber sentido este proyecto como suyo y haberme dado su soporte cotidiano, necesario para concluirlo. Agradezco también a quienes, sin su apoyo, no hubiera sido posible esta publicación: a Laura Márquez Palacios y a Kristel G. Carrillo, que convirtieron la idea en objeto; a Ana Lucía Martínez, que realizó la corrección y me dio sugerencias medulares; a Felipe Pardo y a Luis Sihuacollo, que leyeron parte del manuscrito en un momento clave; a Daniel Vidal Toche, por su ayuda, siempre.

Finalmente, también expreso mi sincero agradecimiento a las instituciones y personas que me permitieron hacer uso de aquel material editado previamente.

Ciertas precisiones (a modo de Introducción)

«AHORA TODOS SOMOS FRAGMENTISTAS, INCLUSO CUANDO
ESCRIBIMOS LIBROS DE APARIENCIA COORDINADA.
VA TAMBIÉN CON NUESTRO ESTILO DE CIVILIZACIÓN».
E. M. CIORAN, *Conversaciones*

«LA TEORÍA NO SE TOTALIZA, SE MULTIPLICA
Y MULTIPLICA. ES EL PODER EL QUE POR NATURALEZA
EFECTÚA TOTALIZACIONES (...) LA TEORÍA POR NATURALEZA
ESTÁ EN CONTRA DEL PODER».
GILLES DELEUZE, *Un diálogo sobre el poder*

El eje de este libro es lo que ocurre con la información. O, más precisamente, las mutaciones que se han dado tanto en la propia información como en las *prácticas* que los sujetos desarrollan con respecto a ella. Y es que, con cada cambio mediático, nuevas *operaciones* y *lógicas* se instauran para su gestión y manejo, constituyendo aquello que aquí se denomina como *régimen informacional*. Estos *regímenes* van a mutar a la propia información, afectando su *valor-como-objeto* (aquí denominado como *informatibilidad*). A partir de ello, tanto el rol que la información cumple en el entramado social, como su uso y sus modos de *acceso* y *apropiación* por parte de los sujetos, acusan los síntomas de tales mutaciones.

Sobre el libro

En un contexto en el cual se evidencia que la información no es producida ni entendida de la misma manera que en periodos anteriores, se hace necesario describir y reflexionar en torno a la lógica de sus mutaciones, algo que busca este libro, a través de cuatro capítulos, seguido cada uno de un excursio.

En los dos primeros, se delinea nuestro *régimen informacional*, proponiendo a la *saturación* y a la *velocidad* como lógicas sobre las que se sustenta y a la *ubicuidad* como su rasgo principal. Ello supone, en primer lugar, analizar lo que ocurre con la información en sí. Hacer, si se quiere, una «cartografía» del territorio de sus aspectos, un reconocimiento del relieve y de las honduras del fenómeno, para trazar un «mapeo» (unos croquis, quizá) de lo que conforma nuestro régimen. Así, se toman en cuenta tanto los cambios que estas lógicas generan en la propia información y su *informatibilidad*, como sus efectos en la vida cotidiana.

En segundo lugar, se propone la idea de tres «explosiones mediáticas» que representan tres momentos en una escalada de la *informativización* de la vida misma. La primera correspondería al surgimiento de las iniciales plataformas de construcción de la subjetividad *online* (blogs, videoblogs, etc.), la segunda corresponde al surgimiento del paradigma del *social media* y de la *conectividad móvil* y, como tercera «explosión», se estudia el reciente fenómeno del *Internet de las cosas* (IOT, por su siglas en inglés). Este abordaje se lleva a cabo, principalmente, prestando atención a lo que concierne a la *privacidad* y la *mercantilización* de lo cotidiano y procurando plantear interrogantes respecto a los mecanismos de control que se instauran y a los posibles efectos de nuestra experiencia en el mundo.

En el tercer capítulo, se señala qué ocurre con las instituciones tradicionalmente ligadas a la producción y proliferación de la información: el *aparato educativo* y el *aparato periodístico*. Por un lado, lo educativo detenta tradicionalmente la potestad de legitimar un tipo de información, así como de aplicar procesos sobre la misma, para su transformación en conocimiento. Por otro lado, el periodismo ha sido tradicionalmente «la fuente» de una información entendida como más válida que cualquier otra, sustentando esa validez sobre la idea de «lo noticioso».

Pues bien, los desbordes y efectos de la mutación informacional van a suponer una «puesta en cuestión» de estas instituciones, sea desde su lugar en lo social o desde la aproximación de los sujetos. Ello, dado que ambas se han erigido sobre su manejo, distribución y trabajo de la información, pero sus *procesos* toman de base una idea de esta que ya no es la actual. Así, tanto Educación como Periodismo, en la perspectiva del libro, encontrarían una de las aristas principales de sus respectivas crisis precisamente en las mutaciones que acusa este nuevo *régimen informacional*.

Finalmente, en el cuarto capítulo y a modo de cierre (casi como si fuera una coda), se establece una breve reflexión sobre la tecnología propia de este contexto. Se realiza, así, un análisis con respecto a las máquinas y los soportes propios de este régimen.

Para desarrollar tales alcances, este libro recoge y se estructura a partir de distintos discursos. Algunos tramos han sido elaborados específicamente para el libro; otros, se componen de fragmentos de ensayos previamente publicados, ponencias, e incluso transcripciones de clase.

Si bien se articula como un todo, este libro puede leerse a partir de cualquier capítulo o acápite. Valga señalar, además, que el énfasis que se pone en ciertos términos (mediante el uso de palabras en cursivas) obedece a resaltar la relevancia de dichos conceptos en el contexto que corresponde a cada parte del libro. De allí que ciertos conceptos que pudieran estar resaltados en una determinada sección no reciban el mismo tratamiento en otra.

Fragmentos, grietas y conexiones

La idea de este libro era que, partiendo de textos y discursos ya publicados, para articularlos bajo la –siempre ilusoria– unidad que otorga un índice, se pudiese «redondear» un periodo de trabajo de casi diez años sobre el tema. Sin embargo, ese re-encontrarse (o re-conocerse, más bien, como en un *volver-a-conocerse*) con la voz que era propia en otro tiempo, pero que en el presente llega hasta parecer ajena, supuso un ejercicio distinto. Más allá de un *denominador común* temático que hilaba los textos, la actualización e integración del material implicó, en buena medida, una reescritura y una elaboración prácticamente total, en muchos casos.

De ese modo, lo que inició con intenciones de «cerrar» algo, más bien terminó abriendo una serie de nuevas preguntas, grietas y también conexiones, tanto en la perspectiva y los puntos de análisis de los fenómenos, como en el texto en sí. Y es tal el «espíritu» que atraviesa las páginas que siguen: el de generar más y más conexiones y preguntas, el de abrir grietas más que ofrecer pétreas verdades o consignas. Se busca aquí presentar, sin pretensiones ni honduras innecesarias (ni en lo técnico ni en un regodeo teórico), ciertos cuestionamientos, que puedan iluminar fenómenos en zonas que, por cotidianos y cercanos, parecen transparentes. Hablamos de fenómenos tan comunes a los *usuarios* (circulación de información, social media, uso de *gadgets*, privacidad, *big data*, etc.) que a veces no permiten distinguir ciertos rasgos oscuros o «poco iluminados» de su funcionamiento, donde se evidencian y se consolidan aspectos de nuestra cultura y de formas en las que el poder se instituye.

Al respecto, vale señalar que la pretensión de afirmar si un fenómeno «es bueno o malo», es lo más alejado de lo que se busca aquí. En cambio, de lo que se trata es de estar en la posibilidad de hacer, como ya se dijo, una «cartografía», para encontrar relieves, características, quiebres, agujeros, preguntar qué implican esos cambios y cuáles son sus resquicios y recovecos, en lugar de diagnosticar valorativamente los giros de nuestro mundo.

Es de allí que, para este libro, no se optó por partir de establecer un destinatario hipotético y colocarlo como una suerte de guía para el tenor de las derivas, del tono o de la profundidad reflexiva del texto en general. Se prefirió, en cambio, que las conexiones entre los fragmentos derivaran en su propio tono y configuraran un nivel de reflexión que no necesariamente es el mismo a lo largo de los capítulos. Eso precisamente porque se trabaja con voces y discursos de tiempos y contextos diferentes (multiplicidades que habitan al autor, al final). Queda claro, eso sí, que este libro no pretende constituirse en una suerte de consagración con mis maestros y mis referentes (a quienes guardo profundo respeto y cariño), ni con «la academia», aunque puede establecer un diálogo en tales fueros sin problemas. Al contrario, el texto busca alcanzar a quienes no necesariamente recorren los pasillos de lo teórico o que, en todo caso, inician tal periplo. La intención, más que ofrecer grandes respuestas, es –nuevamente– proponer que se planteen cuestionamientos y brindar ciertas herramientas teórico-conceptuales para acompañarlos. En esa línea, a lo largo de las páginas, se recurre principalmente a las herramientas conceptuales de pensadores contemporáneos de la línea denominada «post-estructuralista», entre los que destacan Paul Virilio, Gilles Deleuze y Jean Baudrillard, precisamente porque se considera que son tales propuestas las que permiten acompañar e «iluminar» de mejor manera los fenómenos de nuestro *régimen informacional*.

Lima, julio de 2018

CAPÍTULO 1

Muta la información. Por una ligera cartografía del Régimen informacional actual

«*EL HOMBRE ES UN SER LENTO QUE SOLO
ES POSIBLE GRACIAS A VELOCIDADES FANTÁSTICAS.*»
HENRI MICHAUX, *Las grandes pruebas del espíritu*

«*TAL COMO EL AGUA, EL GAS O LA CORRIENTE ELÉCTRICA VIENEN DE LEJOS
A NUESTRAS CASAS PARA ATENDER NUESTRAS NECESIDADES CON UN ESFUERZO
CASI NULO, ASÍ NOS ALIMENTAREMOS DE IMÁGENES VISUALES O AUDITIVAS
QUE NAZCAN Y SE DESVANEZCAN AL MENOR GESTO, CASI UN SIGNO. (...)
ENCONTRAREMOS MUY SIMPLE RECIBIR ESAS VARIACIONES U OSCILACIONES (...)
NO SÉ SI FILÓSOFO ALGUNO HA SOÑADO JAMÁS UNA SOCIEDAD PARA
LA DISTRIBUCIÓN DE REALIDAD SENSIBLE A DOMICILIO.*»
PAUL VALÉRY, *La conquista de la ubicuidad* (ESCRITO EN 1928)

Para empezar, son cuatro «postales» las que servirán para ilustrar de qué se está hablando: cuatro escenas de la educación universitaria a lo largo de las épocas y en diferentes latitudes. En todos los casos, los alumnos trabajando el mismo texto de Aristóteles.

PRIMERA «POSTAL». Habrá que ir a la Edad Media, al Siglo XIII, al amparo de alguna Universidad europea recientemente fundada (quizá Padua u Oxford, siguiéndole los pasos a las universidades de París o de Boloña). Se trata del momento en la historia en el que la Universidad otorga al ejercicio de la lectura y al de la escritura sus roles como actividades académicas por excelencia.

En dicha Universidad medieval existen, a su vez, dos tipos de clase: la *ordinaria*, que gira en torno a las reflexiones del Magíster con respecto a algún texto (en nuestro ejemplo, el de Aristóteles). Otra, la *cursiva*, en la que otros Magísteres o los Bachelors, leen dicho texto a los alumnos, con la finalidad principal de que estos lo memoricen (cfr. Maierù, 1997). Ello debido, en gran parte, a que el alumnado no cuenta con otra forma de acceso a dicha información, dada la escasez de copias manuscritas en la época.

SEGUNDA «POSTAL». En la frontera desdibujada entre el Renacimiento y los albores de la Modernidad, cuando ya estaba bien introducida la imprenta, los alumnos podían acceder a alguna copia del texto en bibliotecas o en distintas universidades. Si eran lo suficientemente afortunados, podrían adquirir un volumen propio dentro del floreciente mercado librero, accediendo a esa información más fácilmente. Durante la época, describe el historiador francés Roger Chartier, el mercado estaba empezando a ser copado por los Libreros-editores, que poseían sus propios catálogos de publicaciones, los que muchas veces intercambiaban entre sí, siendo el origen de lo que serían los sellos de las «grandes familias» del mundo editorial (cfr. 2000). Las formas de lectura también han cambiado y el ejercicio académico ha adquirido otros tenores.

TERCERA «POSTAL». Estados Unidos, segunda mitad del siglo XX. Existe ya un muy consagrado mercado editorial, con un océano de sellos de dónde elegir diferentes versiones de nuestro texto de Aristóteles. Ediciones de bolsillo, de tapa dura, con una traducción hecha por un filósofo especializado, ediciones analíticas, ediciones con un espíritu más divulgador (menos rigurosas en su traducción y en el alcance conceptual de los términos), en fin, un sinnúmero de opciones, entre las que los alumnos pueden elegir para comprar –y acceder a– dicha información.

En paralelo, en alguna de las grandes universidades de Boston se ha instalado uno de los primeros modelos de fotocopidora con sistema xerográfico (quizá la legendaria Xerox 914). Gracias a ello, además de poder elegir qué edición del libro comprar, los alumnos tienen la posibilidad de optar por «llevarse un pedazo» de esa información textual a casa, si así lo desean. Y una vez allí, además, pueden sintonizar algún documental televisado con respecto a la obra del filósofo o seguir los debates sobre el autor en programas radiales especializados.

CUARTA «POSTAL». Se vive la segunda década del Siglo XXI. Estamos en Latinoamérica. A un *click* de dificultad, un alumno universitario puede descargar en su *tablet* o teléfono celular, no solo el texto de Aristóteles en cuestión, sino toda la bibliografía disponible del autor y sobre él. Puede elegir, además, entre una gama de traducciones, ediciones, textos comentados y formatos disponibles, que se han publicado en distintos países y que podrá recibir en su casa, en una «edición física» o, a menor precio y de forma instantánea, en edición digital.

Asimismo, el alumno puede suscribirse a un boletín virtual, con videos y otro contenido relacionado al texto. Puede, también, decidir seguir un *podcast* o a un *youtuber* dedicado a explicar contenido filosófico de forma amena. Tiene la posibilidad –sin moverse aún– de instalar una *app*, con contenido y

tips de filosofía, que le permitan comprender el texto del filósofo. Además, puede revisar los foros y comunidades que hablan y comentan dicho material, pudiendo, incluso, inscribirse a algún MOOC (*Massive Online Open Course*) dedicado a Aristóteles. Claro está que, a cada paso de su exploración entre todas estas opciones, se le presenta la opción de «compartir» en tiempo real lo que va hallando, para que sus compañeros puedan acceder también a dicha información.

1.1. ACERCA DE QUÉ ES UN «RÉGIMEN INFORMACIONAL» Y EN QUÉ SE ENMARCA EL NUESTRO.

Más allá de los cambios obvios a nivel social y de época, lo que se busca ilustrar con estas «postales» es lo que ocurre en dos dimensiones. Por un lado, con respecto a las *operaciones* que los sujetos desarrollan con la información. Por otro, en relación con los cambios en el *lugar que ocupa* la información en sí, al variar las posibilidades de acceso a la misma.

En ninguno de aquellos escenarios, ni el contenido *–lato sensu–* del texto de Aristóteles, ni su función, en tanto información para uso académico, han variado a lo largo de los Siglos y lugares ilustrados, al margen de que en forma general el rol de la educación universitaria (y de lo académico) sí haya sufrido innegables modificaciones a lo largo de tanto tiempo. Pero, en todo caso, lo que queda evidenciado con las «postales» propuestas es el cambio que acontece en el tipo de *operaciones* que se llevan a cabo con respecto a la información y los niveles de acceso a la misma, los que se presentan radicalmente distintos en cada una de esas sociedades.

a. Transmitir y almacenar

Pues bien, cuando se plantea la idea de *regímenes informacionales*, se hace referencia a los cambios mediáticos que atraviesan las diversas configuraciones sociales. Por lo general, al abordarlos, se enfatiza lo que acontece a nivel de los *instrumentos*, de los *soportes* o de las *plataformas* que sostienen los procesos de la comunicación (incluso, la definición de *medio de comunicación*, en nuestro idioma, se centra en tal sentido). Se trata de una mirada que suele estar anclada en unas variantes de las materialidades o en unas *formas* (de uso, de apropiación, etc.) que se entienden al servicio de ellas. Sin embargo, en la perspectiva que aquí se levanta, lo que está implicado en el territorio de lo mediático alude, más bien, a una incesante instauración y mutación de *prácticas* y de *operaciones* que se aplican a la información y que van a ser determinantes para la forma en que se configura el

universo social, con los ordenamientos a nivel sociopolítico y económico que esto supone, así como también para el propio *valor* de la información.

Si bien esa mutación incesante puede estar propulsada y modelada según las tecnologías mediáticas y sus soportes, no están signadas en exclusiva por tales derivas, ni hallan en ellas a sus «causas». Es decir, si bien la irrupción de cada tecnología mediática puede suponer la transformación de operaciones mediáticas anteriores, así como la conformación o la consolidación de nuevos *regímenes informacionales*, las *operaciones* y *lógicas* que los conforman no dependen exclusivamente de tales soportes. De modo que, cuando se propone la idea de *régimen informacional* como noción para abordar este tipo de rupturas, desbordes y mutaciones no se enfatiza tanto en la plataforma mediática en sí, sino más bien en el tipo de *operaciones* y de *lógicas* que se vuelven centrales y preponderantes para una sociedad en un momento dado, con respecto a la información. Así, por ejemplo, si pensamos en las generaciones retratadas en las tres primeras «postales», podría decirse que se trataba de una población estudiantil universitaria que, al verse frente a información que resultaba relevante, tenía como operaciones más comunes las de *profundizar* y *hacer suya* (incluso resguardando con cierto recelo) esa información, en una relación al largo plazo con la misma. Ello representaba un diferencial, una ventaja (cuando no un mayor prestigio), con respecto al resto del alumnado. Para el alumnado contemporáneo, en cambio, dicha *operación* no es necesaria ni realmente útil. Es más vital, en cambio, la evacuación, el *flujo* o el «compartir» los accesos al contenido, algo que sintoniza con las cantidades de información que poseen y con los soportes por los que se conjuga su acceso. Cuando el estudiante contemporáneo *accede* a cierta información que le resulta interesante o relevante, la operación más habitual y casi automática es la de *vincular*, compartir, transmitir, fluir, etc. El «prestigio» de *poseer* la información se reemplaza por el indicador de cuántos flujos se han propulsado, de cuánto ha circulado dicha información (sea a través de «likes» que se consiguen, de «seguidores» que se capturan o del número de veces que se ha «compartido» cualquier contenido).

Podría parecer una obviedad, pero lo relevante son las implicancias que esos virajes tienen sobre la propia información. Al cambiar nuestras operaciones con la información, no solo cabe considerar los cambios evidenciables en los objetos para comunicar, ni tampoco en las operaciones en sí, sino que también se altera la propia información. Cada *régimen informacional* no solo implica nuevas operaciones con la información, sino que supone también –y como correlato a estas– la configuración de un nuevo *valor* de la información. En referencia a nuestro ejemplo inicial, cabe decir que no se pretende afirmar que el contenido aristotélico valga hoy menos que antes ni tampoco que el texto tenga mayor o menor valor de cambio monetario en el mercado editorial actual, ni mucho menos que se pueda rescatar una cantidad diferente de

valores de dicho texto. La mutación del *valor* a la que se refiere aquí no ocurre a un nivel de *valor-como-contenido*, sino a nivel del *valor-como-objeto*, lo que aquí se denominará más adelante como «informatibilidad». Se trata de un desplazamiento que da cuenta de cómo la información pasa de ser *escasa* –valiosa en sí misma por su inaccesibilidad– a convertirse en moneda corriente de todo intercambio y tener al *acceso* como un rasgo que se da por sentado. El *acceso a la información* constituye, en buena cuenta, la base –obvia– de toda variación respecto a su *valor-como-objeto*.

Los *regímenes informacionales*, entonces, se constituyen por ese conjunto de *operaciones, dinámicas y prácticas* que los sujetos despliegan como preponderantes en cuanto a la información. Cada nuevo *régimen informacional* se levanta sobre el conjunto de *operaciones* que caracterizarán a una sociedad con respecto a su información. Se trata de lo que circunscribe las *formas de gestión* de la información que tiene una sociedad y cómo estas van a reconfigurar el *valor-como-objeto* de la misma. Ello presenta implicancias diversas: desde las lógicas económicas y las reconfiguraciones del mercado con respecto a la información, hasta los mecanismos que el poder despliega para conjugar la subjetivaciones y las cotidianidades de los sujetos.

Ahora bien, esto acontece sobre la base de dos dimensiones principales: la *transmisión* y el *almacenamiento* de la información. Se instaura un nuevo *régimen informacional* cada vez que se reconstituyen las operaciones hegemónicas en relación con las maneras de *almacenar* y de *transmitir* información. Dimensiones, ambas, medulares para una sociedad, porque a partir de ellas se va a determinar: cómo se *construye el conocimiento*, cómo se establecen las *relaciones entre los sujetos* y cómo se preserva la *memoria* (son, además, tres ejes de lo social que parten de un actuar sobre la información). Transformar el modo en que se transmite y se almacena información va a transformar tales aspectos del orden social. De allí que los cambios sociales son el correlato de los cambios del régimen informacional que los sustentan, que sostienen –por decirlo así– sus gestiones de la información.

Sin ánimo de presentar un análisis sobre cómo se han instituido y transformado diversos regímenes informacionales desde la aparición de lo mediático (no es menester de este libro entrar a esa discusión), sí cabría pensar, a modo de ejemplo, en algo que se relaciona con nuestro contexto. Existe, hoy, una familiaridad con categorías como: el *salto* y la *conexión como norma*, la *interactividad* y la *participación*, la *velocidad*, el consumo *fugaz*, la *proliferación* de contenidos, la *saturación*, la *convergencia*, lo *hipertextual*, entre muchas otras. Son consecuencia –se supone– de la consolidación del universo de los soportes digitales. Sin embargo, se trata de lógicas cuyo surgimiento podría rastrearse, incluso, en momentos anteriores a la aparición de lo digital como norma. La estimulación instantánea de los afectos y del consumo de

información fragmentada e instantánea (base de muchas de esas categorías), aunque característica de todo el ecosistema informativo de los medios digitales y su velocidad de transmisión, en realidad se gesta antes de la consolidación de tales tecnologías. Se trata de un cambio que acontece desde los fueros de lo televisivo. Si bien, en sus inicios, la televisión supuso una expectación que era más contemplativa («al centro de la sala», ejerciendo una fascinación que replicaba a la del cine), el tipo de apropiación y de prácticas que se desarrollaron en los años previos a lo digital ya decantaba operaciones más parecidas a *la navegación y el salto*, propias del flujo instantáneo de lo digital. Desde la introducción de un mecanismo como el control remoto y la configuración del *zapping* como forma de consumo mediático, se da cuenta de ello. No es gratuito, en esa línea, que tal praxis de consumo mediático engarzara con los «nuevos medios» que llegarían después. Podríamos, en ese sentido, recordar lo que los sociólogos italianos Alberto Abruzzese y Andrea Miconi dicen respecto a la televisión, colocándolo como el medio por excelencia de la Modernidad, mientras los medios digitales serían los de la Posmodernidad (cfr. 2002).

b. Un régimen de la Ubicuidad⁰¹

Nuestro *régimen informacional* está marcado por el surgimiento de los llamados –ya con rezago– «nuevos» medios. *Régimen* de toda la andanada de la digitalización de la *experiencia*, de la *interacción social* y los *intercambios*, la conversión del material simbólico de nuestra cultura a una oleada numérica de código binario. Momento, pues, en el que el almacenamiento y la *transmisión* de la *información* pasan casi forzosamente atravesados por las dinámicas de los *gadgets* y los entornos digitales. Pero –más importante aún– en el que las *operaciones de sentido* y de *gestión* de dicha información también están marcadas por los criterios de esas praxis digitales, por todas esas pantallas que, siguiendo una idea del filósofo francés Jean Baudrillard, se perfilan más bien como «espejos» de nuestros procesos mentales. Señala el autor, en un texto de 1984 titulado *Videósfera y Sujeto Fractal*, que el sujeto contemporáneo está fascinado por su reflejo. Pero, mientras en el espejo lo que tradicionalmente fascina es la *imagen* que se refleja, en las pantallas (esos «black mirrors»⁰²), en

01 Parte de este acápite y de los siguientes se ha publicado con el título «El régimen de ubicuidad de la información. Sobre el flujo y la Internet de las cosas (IoT)» (p.214-237), en: Obando, C y Hernández Ruíz, J (eds.) *La Metafísica de Internet; nuevas formas de relato en la cultura web*, USJ, Zaragoza, España, 2018. Esta versión está modificada. Otros fragmentos del mismo se encuentran a lo largo del libro.

02 La idea de un «espejo negro» (como se ven las pantallas contemporáneas cuando están apagadas) es precisamente el concepto al que apelaron los creadores de a serie británica *Black*

cambio, lo que se refleja son los procesos mentales. Es decir, el conjunto de operaciones que el sujeto realiza (cortar, pegar, mover, saltar, *linkear*, navegar, etc.). Qué se «refleja» en la pantalla: la mente y cómo funciona (cfr. 1990).

Nuestros medios, aunque no «los causantes» de las aceleraciones mediáticas que vivimos, han puesto a tales aceleraciones sobre la tarima de una forma inédita en cuanto a su evidencia. Nunca el mundo se ha sentido tan *a prisa*, tan acelerado. Nunca *el conectar* ha sido tan prioritario por encima del *profundizar*. Nunca ha primado tanto el *efecto/afecto* de lo *viral* sobre el *proceso de lo argumental* (vale pensar, si no, en protagonismos de las *fake news* y toda la idea de la *posverdad*, que actualiza cómo, al final, la sociedad se trata de mostrar en lugar de demostrar). Nunca el tiempo pareció sentirse tan echado al «presentismo», con el futuro y el pasado demasiado lejos para recordar y para proyectar. Nunca las máquinas estuvieron mediando tantas cosas e, irónicamente, externalizando, como prótesis, tantas funciones y operaciones al mismo tiempo.

Con respecto a la Información, cambian las prácticas del almacenamiento y de la transmisión, de la apropiación y del intercambio entre los sujetos, el modo en que aquella se transforma en conocimiento y sus mecanismos de legitimación. Cambia también, por ende, el rol de las instituciones ligadas –tradicionalmente– a la producción y a la proliferación de «información válida», escenario cuyos efectos vienen desdibujando fronteras y paradigmas que se daban por sentados⁰³.

Nuestro régimen es pues el de la ubicuidad, nuestra relación con la información está signada por ella. Se cuela en todos los *usos* cotidianos, en nuestras *prácticas* de cada día. Irónico que sea el rasgo –quizá indiscutiblemente «mundano»– del tiempo que habitamos, porque el sentido primario del concepto refiere a lo divino⁰⁴, a una cualidad similar a la omnipresencia, a la capacidad de estar en todas partes en todo momento. Si en buena cuenta la ubicuidad destila de todo lo que hacemos es porque refiere a nuestro *manejo*, nuestro *uso* y *producción* de la información. Las *operaciones* del *régimen informacional* actual son el correlato de la *ubicuidad* como rasgo

Mirror. La producción, que constituye hoy un verdadero fenómeno mediático, se distingue por su tratamiento (desde un punto de vista mayormente crítico y pesimista) con respecto a la tecnología digital y sus efectos en lo social.

03 Sobre ello, versa el tercer capítulo de este libro, donde se abordan los efectos de esta transformación de la información, tanto en la institución educativa como en el aparato periodístico.

04 Desde la Escolástica ya se le consideraba como el rasgo definitivo de ser en el espacio y consistía en estar «todo en todo el espacio y todo en cualquier parte del espacio», lo que era la base para explicar la omnipresencia de Dios en el mundo (Abbagnano, 1992, p. 1159). Asimismo, en el diccionario de la RAE, la primera definición corresponde un rasgo divino.

de todo lo que concierne a la Información, que se ha vuelto susceptible de ella y que ha mutado las dimensiones de su *valor* precisamente a partir de tales operaciones.

Tal mutación, a su vez, resuena en áreas muy diversas del quehacer social, no como una «causa» de los mismos, pero sí como un desborde correlativo y potenciado desde las lógicas informativas. Así, por ejemplo, ocurre con la idea y la experimentación del *Tiempo*, que en esa suerte de sentido de *disponibilidad total* –propia de la ubicuidad y característica del presente–, deviene en estar signado por un «presentismo» constante, con tenor cancelatorio e inmanente. Y, aunque ya manifiesto de esa forma desde antes del régimen informacional actual, es en el contexto de la ubicuidad informacional en que todas las plataformas y dinámicas parecieran estar hechas para inscribirse en dicho síntoma, de dicho «presentismo».

Funciona también como correlato de este *régimen*, la forma en que se construyen los relatos y las narrativas. Con la idea de *unidad*, de *organicidad* y de *obra* puestas en cuestión desde hace ya buen tiempo, este *régimen* y sus formas de producción informacional colocan a dicha puesta en cuestión como el principal rasgo narrativo de estos tiempos, en razón de todo lo que implica lo «transmedia» y su legitimación como estructura por excelencia para la narrativa contemporánea. Finalmente, todos los rincones de lo social se van a reconfigurar siempre, con respecto al *régimen informacional* con el que se correlacionan. De lo que se trata es, pues, de hacer una suerte de «cartografía», en un sentido general, de reconocer terrenos (territorios) y trazar mapas, resaltando relieves, indicando picos y honduras.

Por ello, quizá valga la mirada a estos fenómenos, pues son determinantes ya que estamos en la frontera de transformar toda nuestra *actividad cotidiana* y nuestra *experiencia física* en el mundo en *información* hecha para fluir, que se sumará a todo lo que ya actualmente hacemos circular (en forma de *relatos*), a través de nuestras redes y soportes.

Las dos características que delinear este *régimen informacional* de la ubicuidad –sus dos *ejes* centrales– son identificables: *Saturación* y *Velocidad*. Por un lado, nunca se ha producido tanta información, nunca ha habido una cantidad de datos como la que existe en el mundo contemporáneo y, por otro, nunca hemos asistido a un contexto en el que el *flujo inmediato* de la misma sea su principal y más relevante dinámica.

Se trata, pues, de un empuje hacia la *ubicuidad* como parámetro que resume (o describe) el momento. El *efecto* de que todo está disponible al mismo tiempo en todas partes y, cuando no, se espera –y aspira– a que lo esté. Acceder a la información disponible desde donde sea, cuando sea, es el rasgo central de nuestro *régimen*, cimentado en la *saturación* de contenidos y en la *velocidad* que se impone a su flujo.

No es que *stricto sensu* toda la deriva simbólica del mundo actual se encuentre, efectivamente, en todas partes o presente en todo momento. Pero la rapidez con la que todo se reproduce y circula es inconmensurable: la información ocupa el lugar de un producto simbólico que se agota y se desvanece en la inmediatez de su acceso, habilitado y posible desde cualquier punto en cualquier momento.

Nos inscribe, la tecnología mediática actual, en una «velocidad absoluta» de emisión, por ponerlo en términos del filósofo francés Paul Virilio, quien ya delineaba tal panorama desde los albores de la circulación informativa y previo al estallido que ha representado la conectividad digital en los últimos tres o cuatro lustros (1997, p.49)⁰⁵.

Esta dimensión de la Velocidad, además, se emparenta con la idea de una evacuación de la información, que se hace con premura por parte de los usuarios. Se corresponde, también, con la gran cantidad de datos (con las narrativas personales e institucionales y con la información en general) que proliferan digitalmente. Pareciera que, en cierto sentido, ya ni siquiera importa lo que se transmite por acción de esa velocidad. En cambio, en nuestras derivas comunicacionales, tendría más importancia el corroborar una y otra vez esa capacidad de proliferación instantánea sin precedentes.

No es posible comprender el régimen informacional actual sin esta obligación a la velocidad. Sin esta desmesurada capacidad del intercambio inmanente, entre soportes y entre formatos, de toda la información traducida al binarismo numérico que circula por el no-lugar de «la nube». Ya no se trata de lo visto, de lo consumido, de lo apropiado, sino de la competencia para ver lo más posible, de la capacidad para consumir cada vez más y del afán de ya no apropiarnos de nada, sino hacerlo circular todo de forma extasiada y «extasiante». Y es que, tanto los objetos de uso cotidiano, como el tropélico aumento de información en la red, se han orientado hacia una lógica de la instantaneidad (cfr. Virilio, 1999).

Frente a la omnipresencia de las pantallas, se funda una ubicuidad de la información y, frente a la velocidad de las emisiones en la red, se instituye la inmanencia de las apropiaciones. Se trata de la aceleración en todos los formatos de la pantalla, desde las narrativas personales de los usuarios hasta los informativos que aún se pretenden «noticiosos».

05 El autor plantea que las sociedades actuales (y su modelo de comunicación, basado en la transmisión instantánea que permite la digitalización de la información), suponen un alcance de la «velocidad absoluta» de los intercambios, otrora impensable y caracterizada por la ubicuidad, instantaneidad e inmediatez. En tal régimen, prima el alcance del denominado «tiempo real», que constituye la idea de un presente como *instante que se agota*, más que en la línea de un momento inscrito en una continuidad histórica o en la idea de un proyecto de futuro. (cfr. Virilio, 1999, p. 13-40)

El mundo de las pantallas va a una velocidad similar a la de aquellos indicadores bursátiles de Wall Street. El mismo frenetismo saturante. El mismo detenimiento nulo. No importa qué información aparezca en la pantalla, sino la posibilidad de lograrse un tránsito cada vez *mayor*, cada vez *más veloz* y cada vez *más sintético*.

Esta información, además, se produce y se circula en una cantidad tal que no permite al usuario *adueñarse* a largo plazo ni *operar* con la misma. Vivimos en un mundo en el que hay demasiada información. Demasiada.

Si antes obtenerla suponía una dificultad, ahora nos enfrentamos con la dificultad de tener demasiada información y demasiado acceso. Demasiada para manejarla, demasiada para procesarla. Estamos, como ya ha señalado el filósofo francés Jean Baudrillard, «saturados» por la información, al punto de que ya casi no podemos operar con ella, pues quedamos «paralizados», «extasiados», ante la inmensidad de datos circulantes.

Digamos, en el trance de un exceso de referencias, de un exceso de contenido, de un *exceso de accesos*, los sujetos estaríamos anulados de la posibilidad de operar con tanta información. Nuevamente: demasiada para procesar, demasiada para poder actuar. De allí que Baudrillard afirme que «hoy el medio más seguro para neutralizar a alguien no es el de saberlo todo sobre él, sino el de darle los medios para saber todo sobre todo» (1990, p.27-36). Y es que la inoperancia se presentaría como una respuesta a la lógica de *saturación* que caracteriza a la información. Una inoperancia que daría cuenta, además, de la carencia de procesos respecto a ella (la *no apropiación*, la *no reflexión*, etc.), ya que toda relación con la información se agotaría en su *acceso*. ¿Qué se hace, pues, con los más de mil setecientos millones de resultados que arroja Google para la búsqueda del término «data», recopilados –además– en 0.35 segundos? Más allá de un *surfeo* sobre los resultados iniciales, el asunto es inaprehensible.

Anulación de los sujetos, con más información que nunca, circulando (fluyendo y conectando) a más velocidad que nunca. Hay demasiada información a disposición del usuario. Se le hace «engullir el infinito»⁰⁶, ante lo cual es prácticamente imposible una respuesta del lado del *procesamiento* o de la *apropiación* de la misma. La versión generalizada de la experiencia que, con ironía, ya recogía el propio Baudrillard respecto al caso de Exxon, que puso a disposición del gobierno norteamericano alrededor de doce mil páginas de información, de cara a una acción de fiscalización por parte de este: la información está allí, pero en una magnitud tal que, aunque disponible, imposibilita algún tipo de acción con ella (2000, pp.10). ¿Qué se hace con tanta información? ¿Cuál es el *modus operandi* a su respecto?

06 Fascinado por la exposición mundial de París, redactaba el escritor francés Gustave Flaubert a mediados del Siglo XIX que el hombre, aunque fascinado por todas las cosas del mundo, solo se descubre incapacitado para «engullir el infinito» (citado en: Finkielkraut, 2001, p.156).

Si algo queda en evidencia, es que la actual apertura general de la información no representa la panacea de la democratización del acceso, como señalan –desde hace casi dos décadas– los más entusiastas del entorno *online* y, más recientemente, los profetas del *big data*. En cambio, es precisamente dicho acceso a la *información* (o más bien su *exceso*) una vía segura para la *neutralización* operativa de los sujetos.

Se trata, pues, de una idea que supone que la neutralización buscada por operaciones como la represión o la censura se alcanza de manera más efectiva –aunque parezca irónico– desde la apertura y permisión de todos los accesos. Y es que dicha «apertura total» supone una suerte de condición extasiada, de fascinación cancelatoria, centrada por la única –y constante– necesidad de la pantalla. Una *saturación* que fascina por el espectáculo de esa *proliferación* desatada. Saturación que –por la velocidad de los consumos y por la cantidad de los accesos– supone un *estado trance, extático*, de los contenidos fluyendo entre *pantallas y sujetos*.

Así, es mejor para «paralizar» a los sujetos, el exceso de información que la privación de la misma. Quizá, la única resistencia frente a ello sea, como ya delineaba el filósofo francés Gilles Deleuze, el «crear unas vacuolas de no comunicación, interruptores para escapar al control» (2006b, p.275). Pero, al margen de que haya gente que pretenda de algún modo evitar inscribirse a las lógicas de su tiempo, lo cierto es que a nivel de lo informativo ese sería el *régimen*: uno de éxtasis general por lo comunicacional, caracterizado por la ubicuidad y sustentado sobre la velocidad de esa comunicación y sobre la saturación de los contenidos que esta pone «en órbita». Por eso, el término (*régimen informacional*) lo ilustra muy bien.

Incluso si existe la aspiración de combatirlo, de tratar de esquivarlo o pretender vivir al margen (desconectándose, literalmente), no se pueden negar las evidencias de su consolidación, incluso en espacios que desbordan las barreras de lo informacional.

1.2. EL RÉGIMEN Y EL VALOR-COMO-OBJETO

a. Sobre la «Informatibilidad». Un asunto sobre el valor que muta

Tal como se ha descrito, nuestro *régimen informacional* es el de la *ubicuidad* sustentada en la velocidad y en la saturación. Se corresponde, además, con una concepción del tiempo que tiende a agotarse en el presente y en el instante. No hay pasado ni futuro concebible al largo plazo y la duración se transforma en instantaneidad. Pues bien, tal contexto no resuena solo al nivel de las ope-

raciones de los usuarios con respecto a la información y sus subjetivaciones a partir de ello. También hace eco en la propia información. Sería iluso, en este sentido, pretender que las implicancias del *régimen informacional* no alteran los rasgos de lo que es la información en sí. Por ello, es necesario echar luces respecto a las forma en que las prácticas y lógicas propias del régimen influyen en lo que es la información, principalmente en razón de su *valor*.

Asistimos a un momento en el que mutan las lógicas de los sujetos cuando operan con la información, siendo estas sobre las que se determina toda la idea de lo que es un régimen informacional. Pues bien, si la información se va a caracterizar por estar inscrita (o sujeta) en la lógica de *ubicuidad* y sus derivas, es porque también va a mutar el *valor* que ella posee.

Las operaciones para el *almacenamiento* y la *transmisión* de información mutan *el valor* de esa información considerando, nuevamente, no su *valor-como-contenido* (los usuarios siempre pueden hallar los *contenidos* como algo que les resulte «valioso» o, al menos, útil), ni tampoco su *valor mercantil* (hoy, probablemente más que en ningún otro momento, este es el valor más característico de la información), sino el valor entendido en tanto un *valor-como-objeto* de la información. Es este tipo de valor al que aquí se denominará como «informatibilidad».

Se trata de una noción que difiere de la idea de la mercancía y del *valor* como fetiche del objeto y que, en cambio, tiene que ver más con el *sentido* que se constituye a partir de las apropiaciones y subjetivaciones. Difiere también, la *informatibilidad*, de una idea de valor como carga «positiva» del contenido informativo en cuanto a su uso. Es decir, que no corresponde a un rasgo axiomático relacionado a las apropiaciones (en sus dimensiones éticas) por parte de los sujetos que conformarían, tanto los públicos como los agentes que *producen* la información. Ese valor de la información (que la coloca como «valiosa» por sus posibles apropiaciones) está sumamente lejos de la idea de *informatibilidad*.

Se trata, en cambio, de una idea que sintoniza –salvadas las distancias y extrapolaciones– con una propuesta del historiador francés Roger Chartier con respecto al *sentido* de lo escrito, en tanto se ve afectado por la materialidad de los soportes de los textos y las prácticas sociales de su apropiación. El valor de la información ha cambiado en la línea de lo que denomina como «transacciones entre las obras y el mundo social» (Chartier, 2007, p.59).

Si bien para Chartier dicho concepto refiere a lo escrito, aquí se emplea su misma lógica para abordar a la información en general, en nuestro contexto de saturación e inmediatez. Contexto en que las plataformas mediáticas –nuestras «materialidades»– permiten transmitir todo tipo de información empleando las mismas lógicas a través de los mismos soportes. Así, si la *materialidad* del soporte y las operaciones y subjetivaciones de los sujetos suponen una relación estrecha con la *textualidad* del texto, pues también habría que

rastrear las implicancias análogas en los sentidos de la *visualidad* de la imagen, la *audibilidad* del sonido y la *informatibilidad* de la información.

La información misma, la información en sí, a punta de *saturación* y *flujo indiscriminado*, se afectaría, mutaría. Dicha mutación, además, acontecería del lado de su *valor*, entendido en cuanto a su *sentido* y no a su *contenido*. No son mutaciones del *valor* en cuanto al *significado* de la información, ni tampoco a nivel de los *códigos* que esta supone, sino en relación a su *valor-como-objeto*. Se afecta en tanto ya no puede tener la *informatibilidad* que tenía antes puesto que, *como objeto*, ya no escasea ni preserva un valor sustentado en su inaccesibilidad. Se «desacraliza», si se quiere. Se ha vuelto materia común, cotidiana, excesiva en lugar de inaccesible (o, por lo menos, de difícil acceso).

Ironía la de este viraje, en el que la información, a razón de ser tan excesiva, en simultáneo pierde *informatibilidad* pero adquiere un desmedido valor económico, algo a contracorriente de lo que ocurre de forma habitual con los bienes. Estos, adquieren *valor económico* precisamente cuando son escasos. Irónicamente, la información se hace muy rentable en el mercado, a pesar de que carece de esa escasez que –tradicionalmente– fundamenta la existencia del valor económico. En paralelo, sin embargo, el efecto de dicho exceso acontece en que para los usuarios esta pierde su *valor-como-objeto*. Esa es la pérdida de la *informatibilidad*.

En un mundo en que todo es informacional, en el que todo está destinado a convertirse en información para fluir por los soportes donde circula una velocidad sin precedentes, no es válido pretender no acusar una transformación en ese *valor-como-objeto*. Ello, a su vez, desdibujando una serie de relaciones con respecto a la información. Giro radical. Y es que, hasta el régimen informacional anterior, se colocaba a la información en un lugar privilegiado. Un contexto en que «informarse» era una tarea que implicaba una dificultad y que suponía, en mayor o menor medida, una búsqueda, un esfuerzo, por parte de los sujetos.

No había tanta información disponible con tanta facilidad. La información accesible, además, dependía de algún *respaldo institucional* que la *legitimara* como válida. Por lo general, el aparato educativo y el aparato informativo-periodístico ocupaban la tribuna privilegiada como «fuentes» de información confiable, cada uno con sus criterios y mecanismos de validación correspondientes. Así, al ser menos accesible y al estar al amparo de dicho respaldo institucional, la información suponía una *informatibilidad* diferente dentro del entramado social. El mero acceso a más información implicaba una ventaja, un diferencial. Sin embargo, ese lugar atraviesa una evidente crisis y puesta en cuestión. No es que hayan dejado de existir contextos o situaciones en las que se atravesasen circunstancias de escases de información o dificultades de acceso, pero estas carencias son mucho más marginales, siendo la norma de los usuarios un acceso inusitado.

Qué mejor, para ilustrar esta situación, que lo propuesto por Google en mayo de 2018 para la población rural de Colombia. Se trata de un servicio que lleva por nombre «My Line» y que consiste en una línea telefónica abierta a la cual se puede llamar desde un celular sin internet (así no sea un smartphone, pudiendo tratarse incluso de un celular de primera generación) o incluso desde un teléfono fijo, marcando un número telefónico local.

Utilizando la tecnología de Google Assistant, cualquier persona que llame puede preguntarle algo a la voz que responde. La aplicación, en base a inteligencia artificial, reconocerá la voz, interpretando las consultas del usuario. Luego, conectándose con el sistema de Google en la nube, llevará a cabo las búsquedas y a partir de ello responderá –a través de la misma voz al auricular– los resultados de las diversas consultas que se realicen. En palabras de David Luna, Ministro de Comunicaciones y Tecnología de ese país (quien aparece en el video promocional de Google): «No va a existir ningún lugar en Colombia que no tenga acceso a la información. Incluso donde no haya Internet».

Llamativas resultan, en ese sentido, las imágenes de la campaña de incentivo de uso de la tecnología que se desplegó en algunas zonas rurales, lugares donde están los potenciales usuarios, que en muchos casos nunca han contado con computadora o acceso a Internet y que eran introducidos al concepto de lo que es Google y lo que puede representar el uso del buscador. Podría decirse que se trata de un lugar menos al cual escapar, en la línea de esas «vacuolas de no comunicación» que señalaba Deleuze. De cualquier forma, lo cierto es que el acceso a la información como un diferencial es prácticamente algo del pasado. Es, pues, precisamente ese desborde de accesos lo que supone una mutación en su *informatibilidad*.

Ocurre, claro, que en el pase de un *régimen informacional* a otro, las diferencias en cuanto a los accesos y a los parámetros de *informatibilidad* siempre se dan por saldadas, junto con los ordenamientos distintos de cada nuevo contexto social. Al final, las lógicas de la información de cada régimen se asumen por los usuarios –inmersos en las praxis de tales lógicas– como moneda corriente y no son parte de las diferencias que se podrían acusar de manera (tan) evidente entre distintas épocas. Cabe pensar, para continuar con el ejemplo de la imagen fotográfica, en lo que ocurre en el contexto de lo informativo-periodístico.

Si las primeras fotos periodísticas acusaban un impacto avasallador en los públicos, hoy en cambio, los sujetos dan por sentado el acceso, el uso y la presencia cotidiana de las imágenes. Habría, si no, que recordar el tremendo impacto que causaron las primeras imágenes fotográficas bélicas de uso informativo, en el contexto de la Guerra de Secesión de EUA a finales del Siglo XIX. Dichas imágenes, que no reparaban en aminorar los efectos del conflicto (como la famosa foto de Timothy O’Sullivan de un campo de batalla plagado de cadáveres) resultaron de un gran impacto en la población.

La representación visual del hecho bélico, mucho más vívida que los reportes escritos con los que se contaban hasta entonces, suponía al mismo tiempo: el adquirir una conciencia distinta del hecho (una concepción distinta de la violencia) y –más relevante aún– adquirir también una consciencia de la *posibilidad de ver*. El panorama de lo visual y de la representación fotográfica como material informativo.

Situación distinta la de hoy, cuando las imágenes (incluso las más descarnadas, de escenas más dantescas que aquella de la foto de O'Sullivan) se enfrentan a un público habituado a su consumo en el menú cotidiano de la información. No solo los *contenidos* (violencia gráfica descarnada) se presentan a un público que los ha *normalizado*, sino que dicho público está habituado también a la imagen como tal, al *registro visual* como algo (ya) nada excepcional en tanto material periodístico o informativo.

Lejos de invocar aquí algún sentido de la pérdida del «aura», al amparo de una mayor reproductibilidad técnica (cfr. Benjamin, 1973), de lo que se trata es de acusar cómo se da por sentado, en el régimen actual de lo informativo, la presencia de ese tipo de información y cómo ya no posee un *valor* que sea ajeno a lo cotidiano, a diferencia de otras circunstancias históricas. Se trata, pues, de un evidente deterioro en su *informatibilidad*.

Es una lógica mucho más evidente en nuestro tiempo, cuando contar con un *exceso de acceso* a la información es norma y cuando, además, se espera que todo contenido conlleve información adicional, interactiva y pensada para diversos soportes y formatos; trans-narrativa, múltiple, nómada.

En el contexto actual, pues, se asume como parte del «menú comunicacional» que esa información pueda ser susceptible del *flujo entre plataformas* y de la *integración de narrativas*. Se asume que toda la información (al margen de su contenido y naturaleza) pueda circular instantáneamente por las mismas pantallas y complementarse entre sí. Afectando, en esa doble dinámica, tanto su *informatibilidad* como su *valor-como-contenido*.

Los datos que circulan se han «aplanado» en el espacio de la pantalla, lo que diluye en esa vorágine cualquier diferencia en cuanto a su *valor-como-contenido*. En paralelo, a fuerza de su circulación inusitada, también su *informatibilidad* termina diluyéndose. De modo que, por un lado, la circulación y las aperturas totales de los accesos le restan este *valor-como-objeto*; por otro –a nivel del *valor-como-contenido*–, ese «aplanamiento» (con)funde todos los discursos y sentidos, todos los niveles de contenido, en una lógica de *flujo*, ampliamente relacionada con las operaciones que sustentan nuestro *régimen informacional*.

Es así que, aplanados por la fuerza de intercambio de los media, son parte ese mismo «menú comunicacional»: los atentados terroristas, los romances de tufo farandulero, los asesinatos pasionales y los logros deportivos. Más

allá de una supuesta (y muy mal enfocada) «variedad noticiosa», de lo que se trata es de entender cómo, para la memoria de nuestro tiempo –memoria inmanente del presente– estos discursos pasan por ser lo mismo, en cuanto a su *valor-como-contenido*. Ello, mientras su circulación desbordada hace que «lo periodístico», en general, pierda *informatibilidad*, como ocurre con toda la información, al margen de su origen.

No se acusa, en nuestro tiempo, ningún tipo de dificultad para aproximarse a la información, cada vez a más información. Por el contrario, ese *acceso total* y esas dinámicas de flujo se esperan, se asumen, como lo *normal*, como el estándar básico para que los contenidos puedan, siquiera, ser considerados. Dinámicas de flujo en el consumo, que mutan la *informatibilidad* de la información y que inciden también sobre el *valor-como-contenido*. Ambas como correlato de la velocidad y de la saturación, propias de nuestro régimen.

b. Flujo. Síntoma de la caída «informatibilidad»⁰⁷

El sociólogo francés Roger Caillois propone que las sociedades y culturas guardan una relación particular con los juegos que en ellas se desarrollan. Estos serían, por decirlo así, sintomáticos de ciertos rasgos que caracterizan a dichas culturas. Por ejemplo, el autor rastrea cómo el ajedrez (que se jugaba en la india hasta con cuatro reyes) pasó a tener solo uno cuando se adaptó a su versión de occidente medieval o cómo la rayuela (que simboliza la salida del alma –la roca– de un laberinto, en su versión original) se ve afectada desde la llegada del cristianismo. Así, los juegos permitirían hacer una suerte de diagnóstico de ciertas dinámicas y hábitos de las culturas, al punto que una civilización o una época podría ser caracterizada por sus juegos.

En esa misma línea, Caillois también propone que existen cuatro principios básicos para caracterizar los juegos: el gusto por *la competencia (agon)*, la búsqueda de *la suerte (alea)*, el placer *del simulacro (mimicry)* y la atracción *del vértigo (ilinx)*, que marcarían «en lo profundo» a cada sociedad. A partir de ello, el escritor francés relaciona los juegos de *simulacro* y *vértigo* con culturas primitivas, siendo los juegos de *competencia* y *suerte* los que responderían a los valores del mundo moderno (cfr. 1986, p. 137-165). Sin embargo, a luces de las prácticas lúdicas y deportivas que han surgido y acaparado mayor protagonismo en el mundo contemporáneo (rápel, windsurf, surf, salto libre, parkour, descenso, etc.), pareciera que el rasgo que reflejan los juegos de nuestro tiempo es el *vértigo*, el de cierto descontrol y desborde, de constantes flujos y velocidad.

Se trataría de un síntoma de nuestra cultura y nuestra época, que no

07 Algunas de las ideas primarias de este acápite se plantaron en la Tesis de Licenciatura *Éxtasis y Comunicación. El éxtasis del flujo*, sustentada en la ciudad de Lima en 2011 y asesorada por el ensayista peruano Julio Hevia (cfr. Pacheco Benites, 2011). Algunos fragmentos de ese texto se han recogido a lo largo del libro.

debería resultar en nada extraño, considerando las mutaciones propias de nuestras operaciones con lo que nos rodea. Digamos, al habitar un entorno *informativo*, en el que todo es (o debe convertirse en) información y en el que la máxima es ese *surfeo* a través de la marejada de data saturante al que se aludió anteriormente, no es gratuito que las lógicas de nuestras prácticas lúdicas o deportivas más recientes conecten «en lo profundo» con ese éxtasis del *vértigo*.

Nuestras prácticas lúdicas y deportivas más actuales reflejarían el mismo frenetismo de nuestras praxis informativas y mediáticas que, a su vez, caracterizan el mundo actual. Mundo de la economía bursátil, mundo de los flujos indiscriminados. Habitamos un contexto en el que todo pareciera circular a velocidades aceleradas e inusitadas y en el que la sociedad en general pareciera echada a tal circulación. Deleuze, incluso, caracteriza al *surf* como el deporte que desplaza al resto en la sociedad actual y es que caracteriza al hombre contemporáneo, que «permanece en órbita, suspendido sobre una onda continua» (2006b, p. 282). Baudrillard, por su parte, en un paradigmático ensayo titulado *El éxtasis de la comunicación*, también da cuenta de esta propuesta de Caillois y señala que no solo el *vértigo*, sino también el *azar* son característicos de nuestro tiempo y su praxis comunicacional (2001, p.20-21).

En un contexto tan vertiginoso, la lógica de los usuarios, en relación con la información, se corresponde con esas operaciones de *flujo* y *evacuación*. Ese es el sentido que se refleja en todas las dinámicas del *régimen informativo* actual, su principal rasgo, que se condice, además, con una pérdida de *informatividad* en la información que va a ser sometida a dicho flujo. En un *régimen informativo* anterior, en el que la información se caracterizaba por una dificultad de acceso (o al menos la suponía), el usuario desarrollaba relaciones sustentadas en la *apropiación* de la misma. Valga recordar, para ilustrarlo, las «postales» indicadas al inicio de este capítulo; en especial, las diferencias que se dibujaban entre el esfuerzo que implicaba el *acceder* a la información en cada caso, así como las variaciones en el énfasis por la *apropiación* de esa información que los alumnos universitarios han desplegado en cada momento previo al nuestro. Sin embargo, esa idea de la «posesión» de la información –«profunda» y al largo plazo– conecta precisamente con un nivel de *informatividad* que se ha perdido. Hoy, frente a la saturación de la producción informativa desbordada, aquellos *procesos* (que componen el *apropiarse* de la información) parecen haber sido reemplazados por una lógica de *evacuación*, de éxtasis por la capacidad de fluir información. Flujo extremo y *vértigo* (como en nuestros juegos), alrededor de la información.

Frente a la *saturación* de la información, que limitaría las opciones de una tradicional *apropiación* de la información (y sus *procesos* por parte del sujeto), la opción actual del consumo informativo sería *el flujo*. Compartir,

transmitir, *dejar pasar* la información como máxima de nuestro tiempo, en correspondencia con una *informatibilidad* que se diluye. Ante la imposibilidad de operar con la información (esa *fascinación inoperante*, en la línea de Baudrillard), la estrategia pareciera ser la de *vincular, conectar y transmitir*, en un constante flujo indiscriminado. Cabría pensar, si no, en cómo los criterios de «*lo viral*» o «*lo compartido*», son los que se establecen como prioridad para caracterizar a aquella información que resulta relevante. Un menor nivel de la *informatibilidad* se corresponde, pues, a una mayor posibilidad de *evacuación y circulación* por parte de los usuarios. Y así, mientras la información parece perderse solo en la *inmensidad* de su *flujo*, termina perdida también en la *instantaneidad* de su *uso*. Claro, tal desborde acontece en el mundo contemporáneo en todas las prácticas sociales y va ligado con la aceleración propia de nuestras tecnologías.

No resulta gratuito que, en nuestros tiempos, el criterio para la validación o la elección de la relevancia de la información sea la cantidad de conexiones a la que está sujeta (la capacidad de flujo a la que se inscribe), ni tampoco resulta gratuito que la operación *par excellence* cuando el usuario se enfrenta a un contenido que le resulta relevante (o cuando menos interesante) sea el «compartir». Dejar fluir –como *dealers*, como repartidores o plataformas de distribución– la información que se encuentra (ya fluyendo) en las redes digitales.

El flujo y las lógicas de lo que fluye como eje están en todos los rincones más cotidianos de nuestras prácticas informacionales digitales. Desde el *fluir* que supone ese «pasar y pasar», ese «deslizar», a través del contenido de la *biografía* de las diversas páginas personales de Facebook, hasta el *fluir* de rostro en rostro, deslizando los dedos a ambos lados de las pantallas móviles, sorteando los perfiles de usuarios de Tinder o Grindr. Desde el *clickbait*⁰⁸ como formato por excelencia que refleja una priorización de *links* o de *clicks* como validación, hasta la interacción hiper-exacerbada de un formato como el de Chatroulette u Omegle⁰⁹. Se trata en todos los casos de flujos masivos, inmanentes e instantáneos.

08 Llamado también «ciber-anzuelo», se trata de contenidos sensacionalistas que circulan en casi toda la variedad de soportes online (webs, apps, redes sociales, etc.). Por lo general, pueden ser supuestas «noticias» que llevan titulares sumamente llamativos o también pueden ser test de pocas preguntas o rankings de temas que atraen la atención; incluso, puede ser aplicativos con funcionalidades que suelen resultar adictivas para los usuarios (por ejemplo, «¿A qué famoso se parece tu rostro?» o «¿Cómo te verías siendo del sexo opuesto?», etc.). Todos estos contenidos, aparentemente inofensivos, en realidad están pensados para atraer la atención de los usuarios en pos, por un lado, de atraer un mayor número de *clicks* con fines publicitarios; por otro lado, incluso, para obtener información de los propios usuarios.

09 Fundadas en 2009 y 2008, respectivamente, se trata de páginas web cuya lógica es la de un interactuar forzado e instantáneo. Al ingresar, se activa la webcam y el micrófono de quien ingresó, al tiempo que se encuentra frente a otro usuario a quien también se le ha activado la

En términos de Muniz Sodré, asistimos a una «mutación informacional», que tiende a la «desmaterialización» de las cosas, «como si la sustancia hegemónica fuera más del orden del flujo que de la materia misma» (Sodré, 2001, p.47). Situación que es correlato de una menor *informatibilidad* y de contenidos que cada vez contienen menos, en los que la profundidad supone un retraso o un *freno*, un abismo demasiado «material» para esta andanada de información de retazos, de *fragmentos*. Y es que el «orden del flujo» del que habla Sodré, en el plano de la pantalla, se traduce en los tropes de *fragmentos* que proliferan de forma ininterrumpida. Un síntoma que no es del todo nuevo y que remite, sin duda, a la idea de una «cultura mosaico», planteada hace casi medio siglo por el sociólogo francés Abraham Moles. Si bien la propuesta del autor remite a lo fragmentaria que resulta la información y el modo en que los sujetos se aproximan a ella a través de los consumos de medios masivos (cfr. 1975), en nuestro tiempo la característica fragmentaria se aplica a todos los discursos y datos que circulan, no solo a aquellos relacionados con un mundo «mediático masivo». Ni siquiera con respecto a lo «mediático», tradicionalmente entendido.

Se trata del orden del flujo que sustenta la ubicuidad aplicado a todos los datos de todos los usuarios. Orden en el que los sujetos funcionan como puertos de multiplicación de la información circulante, todos inscritos en la dinámica de ser *estaciones de diseminación* de esa información que circula. Puertos transitorios, por los que la información discurre, se multiplica, se vincula. Puertos de contacto y conexión, a los que resultan ajenas las lógicas del detentamiento y la profundidad, que eran propias de un régimen que daba cuenta de una *informatibilidad* distinta.

Qué mayor problema, en nuestro tiempo, que el de la falta de flujo, que el de detener la cascada de información circulante. Como recuerda el escritor italiano Alessandro Baricco, el *esfuerzo* y la *profundidad* ya no son caminos para constituir el *sentido* ni la *experiencia*. En cambio, hoy, es el *movimiento* desde donde ambos se construyen. Se trata del discurrir entre *puntos* que mantengan el interés o la curiosidad, «sistemas de paso que generan aceleración», en lugar de relaciones que supongan invertir algún esfuerzo o pensar en largos plazos.

Se trata, pues, de la atención y de la búsqueda de información con una lógica del salto, de la conexión y vinculación de unos datos a otros, más que la apropiación de la información (que supondría algún tipo de permanencia). En palabras

webcam y el micrófono. Si el usuario no se siente cómodo con el usuario que le fue asignado de forma aleatoria, puede optar por un nuevo «sorteo» y se ve en pocos segundos frente a cualquier otro sujeto en cualquier parte del mundo, con quien puede verse y hablar. Es un modelo que con el tiempo se ha emparentado a prácticas de tenor más sexual o de pornografía amateur.

de Baricco, hoy «la pesadilla» es «ser frenado por la tentación de un análisis, o incluso ser detenido por un inesperado desvío hacia el fondo» (2008, p.158-159).

A diferencia de hace apenas unos lustros, cuando los usuarios, al hallarse frente a algo que consideraban relevante, optaban por profundizar o indagar (o al menos buscar apropiarse –*hacer suya*– la información), hoy la praxis pasa por (en primera instancia, al menos, y de forma mayoritaria) *dejar fluir* tal contenido o propulsar su flujo a través de su multiplicación en red. A menor *informatibilidad*, mayor *flujo* como norte, en lugar de la *apropiación* o algo similar.

Como ejemplo, valdría pensar en la forma en que, dentro de las esferas educativas, la indagación de información en su versión monográfica más simple pareciera ser un ejercicio un tanto desfasado (pues el buscar información ya no supone una actividad que presente mayor dificultad para el alumno contemporáneo). En paralelo, el objetivo de todo contenido informativo o publicitario pareciera ser el de alcanzar el grado de vinculación y flujo que lo convierta en «viral» (rótulo que inscribe en el parnaso de lo que resultó exitoso en nuestra cultura). Señal de que algo es relevante en nuestro contexto: que haga lujo de su capacidad de flujo y conexión al infinito.

Si algo resulta importante hoy, la máxima es *compartirlo*, vincularlo viralmente. Aspiración a la *ubicuidad*, traducida en el norte de una *viralidad* que parece ser el gran acreditador de nuestra historia más contemporánea. Y es que si algo se hace viral, es válido de alguna manera. Dicho de otro modo, hoy, «si no es viral, no existe», «si no fluye, no existe», «si no se (re)produce, no existe». Otro síntoma del mismo régimen. La cantidad de flujos (traducida en número de *likes* y *shares*) es casi la divisa de nuestro tiempo para juzgar lo válido y también lo valioso. «Compartir» como el *flujo* que valida la información; «viralizar» como norte del éxito y de lo que resulta relevante. Esta misma prioridad del flujo es la que caracteriza las «denuncias virales» que invaden las redes sociales y que, aunque efectivas, a veces pueden convertirse en linchamientos públicos sin sustentos, pero que condenan definitivamente a quien los protagoniza, a razón de cuánto han *fluido* por las plataformas digitales.

Si, como nos recuerda la escritora argentina Beatriz Sarlo (cfr. 2004, p. 73-87), en los fueros de los televisivo, el formato *en vivo* (propio del registro y de la transmisión en directo), es la base perfecta para colocar a ese medio como una suerte de tribunal más cercano a la gente que las instituciones oficiales, tal lugar sería ocupado, en nuestro *régimen informacional*, por la *circulación viral*. Allí donde la supuesta cercanía y evidencia propia de la transmisión televisiva le resulta a la gente de sectores no atendidos por la justicia como una solución –paliativo, más bien– en aras de conseguir la atención necesaria, el criterio de viralización, del alcance digital a punta de flujo y *likes*, sería lo que hoy da criterio de validez a muchas denuncias que circulan en la red. Nuevamente,

aunque en muchas ocasiones es gracias a esa viralidad que las autoridades y la sociedad prestan atención a casos realmente urgentes y que requieren atención, es ese mismo rasgo el que puede convertirse –por su instantaneidad– en problemático, si una denuncia no está realmente fundada.

En ese sentido, nada más claro para ilustrar el valor y el rol protagónico que adquiere hoy esa misma viralidad pero a un nivel económico, que la figura de los llamados «influencers». *Notorios* por excelencia, devienen una suerte de «notables», cuyo –supuesto– mérito es «dar vida» a las marcas de los productos que se insertan en los rincones de su vida cotidiana. Vidas que, además, deben ser lo más «naturales» y «cercanas» posible, en paralelo a estar siempre expuestas en la tarima de alguna red social. El *influencer* influye, pero sobre el respaldo que precisamente le ha dado el flujo y la viralidad. La única garantía de que sea válido aquello que dice o hace (lo que *consume*, en última instancia) es la cantidad de seguidores que tiene, lo que se traduce en mayor cantidad de flujos, en mayor dispersión viral de *su* contenido (que se *comparte*, que se *rebota*, que *fluye*). Fórmula de mercadeo con cada vez más aceptación, sobre todo en públicos jóvenes, los *influencers* no hacen más que encarnar una predilección por un flujo al vacío de información con poca *informatibilidad*, rentabilizada, mercantilizada a razón de que su carácter intrusivo (que se jactan precisamente de no tener) se vuelve *soft* y «más humano». Pero, al final, su negocio es el flujo y la viralización y su verdadero producto (ese que le ofrece a las marcas que le regalaran productos para que inserte en su cotidianidad) son los seguidores que tiene «capturados» y sus potenciales flujos.

Lógica de la excrecencia, de la metástasis y de la viralidad ya anunciada años atrás por el propio filósofo francés Jean Baudrillard como rasgo de nuestra cultura (cfr. 1997b y 2001). Ante una versión más accesible (demasiado accesible) de la información, ante un flujo más veloz (demasiado veloz) de la misma, quizá la respuesta más saltante sea esa: la de no tener otra salida que la *evacuación*. Figura de la hipertelia, del crecimiento hasta el entorpecimiento de las funciones. Acumulación y crecimiento hasta la propia destrucción. Luego de una acumulación ilimitada de información no queda más que el vacío de su circulación. Es el desborde en el afán de que la información circule, *fluya*, en todos los espacios y a las máximas velocidades. ¿Qué hacer con tanta información y tan veloz, sino evacuarla? Como si, de pronto, los *medios* ya no *mediaran* a través de procesos, pues el *flujo* es ahora la máxima.

Fin de la comunicación, entendida bajo los esquemas de teorías tradicionales, que aún apuestan por los «modelos», como algo estructurado o, caso contrario, por el respaldo que suponen las mediciones y estadísticas. En ambos casos, quietud, freno para demasiado dinamismo, para demasiada velocidad. Y desbordan los fenómenos que lo ilustran. Cuánto de comunicación –vista desde la lógica tradicional y procesual– hay en la cantidad de horas

(verdaderas horas al día) gastadas frente a las pantallas, tan solo «zapeando» fotos en Facebook, bajando la mirada frenéticamente a través de fotos de Instagram o deslizando con la yema de los dedos –en una sucesión de rechazos de ritmo casi industrial– a posibles pretendientes en Tinder o Grindr. Cuánto de comunicación en noches enteras de ir saltando de un video viral carente de sentido a otro aún más vacío, tan solo por extasiarnos por el *continuum* de información, por el flujo constante. Cuánto de comunicación en el video que –apenas «colgado» en YouTube– recibe millones de visitas en cuestión de minutos, o en los «retos» tan virales como plagados de absurdo que invaden las redes. Ya no es comunicación, superó la velocidad de la comunicación, es una suerte de éxtasis del flujo. Ya no hay tiempo para la decodificación, para la enunciación. Solo hay tregua para el *intercambio*. Flujos. Lo ha dicho precisamente Baudrillard a lo largo de su obra: la *aceleración* ha disuelto todos los *referentes*. En su lugar han quedado el *simulacro*, la *proliferación*, la *reproducibilidad* obscena y la *fragmentación*.

Este rasgo tan central de nuestro *régimen informacional* no es otro que el de la lógica del *zapping* hipertrofiada en máxima de consumo de la información. Donde antes el *zapping* fue considerado como recurso de negación o como dificultad publicitaria¹⁰, incluso como problema perceptual o manía, hoy es la *norma* del régimen informacional. Es la lógica del zapeo la que se aplica a todo el entorno de plataformas digitales. Otrora un problema o «ruido» para lo que implicaba la información, es quizá hoy el único modo posible de aproximarse a la vorágine de lo mediático. Práctica preponderante y ya no fuga marginal. Es la imposibilidad de la quietud, la obligación a estar en movimiento, acelerado¹¹. La lógica *zapping*, de «dealers», es la que fortalece el régimen, pues no hay otra operación que nos permita inscribirnos en el montón de «ráfagas» y «destellos» de la información¹². Y es que

10 Existe numerosa bibliografía que propone un sin fin de fórmulas para «contrarrestar» los efectos perjudiciales del *zapping* en la publicidad, aunque ya se le percibe como testimonio de otro orden, otro tiempo.

11 Valga acotar que en español el término zapeo remite tanto a «zape» (una expresión hispana proveniente del árabe, que denota el propósito de no exponerse a una amenaza) y al inglés «zap» (que en su significado original quiere decir destruir o asesinar de forma repentina y violenta).

12 Las dinámicas de la velocidad e instantaneidad propias de la información contemporánea y los soportes digitales por las que circula remiten sin lugar a dudas a las obras de los filósofos franceses Paul Virilio y Jean Baudrillard (ambas referencias medulares aquí, cuando se ha descrito nuestro *régimen informacional*). Sin embargo, cabe rescatar que las analogías de la información como «destello» y «ráfaga» se pueden rastrear, incluso, hasta los trabajos del escritor estadounidense Alvin Toffler, que acuña el concepto de «cultura destellar» para delinear el escenario contemporáneo, caracterizado por el bombardeo de ráfagas de información, que terminan constituyendo un panorama de destellos de datos (Cfr. Toffler, 1980).

esas *ráfagas* provenientes de cuanta pantalla invade la sociedad contemporánea, corresponden a un flujo constante, lógica de un *zapping* que rezagó por mucho aquel sentido del mero «cambio de canal» que tenía dicha operación cuando surge, en los años en los que el control remoto televisivo se presentaba como la gran novedad¹³. Si antes el *zapping* era la negación de una relación entre medios y espectadores, el espacio aberrante (ese «ruido» que había que superar), hoy comunicar es en buena cuenta zapear. Pero no dentro del mismo soporte para la comunicación, sino entre plataformas que se complementan (que convergen, se diría hoy).

Y en esa praxis de salto y zapeo general, así como el televidente descarta aquello que no quiere ver, el usuario de la red digital, descartaría hoy también todo aquello que no (le) sirve. A partir de esto, el escritor francés Alain Finkielkraut señala que «preso de lo instantáneo, el hombre del control remoto está condenado a sí mismo», pero hoy, «al poder de hacer *zapping* y de interrumpir agregó ahora el de navegar, clicar e intervenir» (2006, p. 22-25). En dicho escenario, la transmisión digitalizada de la información permitiría, por ponerlo en términos de Paul Virilio, «solamente una reacción emocional, donde la violencia pasiva es el único criterio: los zappeadores no reflexionan en absoluto sobre sus intempestivas elecciones» (1997, p. 42).

Práctica/síntoma de nuestro *régimen* y sus dinámicas extasiadas, esta lógica del salto constante es la base sobre la cual se articula el criterio del flujo, que es una suerte de *zapping* entre distintos medios y plataformas, un «*zapping* multimedia», si se quiere. El flujo se traduce en esta suerte de salto constante entre diversos soportes y pantallas, por donde se circula la información. Sintonía de la *convergencia* como modelo o paradigma tecno-social. El flujo, como praxis característico de los medios que *convergen*. El propio académico estadounidense Henry Jenkins, quien ha desarrollado el concepto de *convergencia mediática*, la define como un «flujo de contenido a través de múltiples plataformas», que supondría a su vez «la cooperación entre múltiples industrias mediáticas» y que implicaría, del lado de los usuarios o audiencias, un «comportamiento migratorio» en cuanto a lo que refiere a sus formas de consumo (cfr. 2008, p.14). El *flujo* a través de la información como lo central en un entorno de *colaboración* y *participación* (características de dicha *convergencia* a nivel *cultural*); el flujo, además, como el norte indiscutible en la *convergencia técnica* entre los propios soportes y aparatos. Es una lógica acelerada y

13 Cabría recordar al director italiano Federico Fellini, para quien la «dimensión inalcanzable, fantástica y real a la vez», que suponían las imágenes proyectadas en el écran del cine, pierde su capacidad de fascinar cuando «la hemos convertido en una pequeña pantalla, pequeña como un almohadón, entre la biblioteca y una maceta de flores». Sobre esta pantalla, continúa Fellini, se ha ejercido un dominio absoluto dictado por el control remoto. «Apretamos un botón y reducimos al silencio a quien sea, borramos las imágenes que no nos interesan, somos los amos» (como aparece citado en: Finkielkraut, 2006).

saturante, propia de nuestro régimen informacional. Remite a una constante de *intercambios veloces*, de transacciones fugaces e inmediatas. Lógica distante de cualquier dinámica «al largo plazo», en sintonía con cierto «presentismo» como concepción del tiempo, algo que, cuando no propio de nuestro tiempo, sería hoy, en todo caso, mucho más saltante.

Es la actividad del *flujo* como preponderante, el predominio del salto en un mismo formato y del salto entre formatos. Circulan, pues, todos los contenidos, con las mismas lógicas, se someten a las mismas «reglas de juego»: la misma velocidad, la misma dinámica de superficie, el mismo valor homogéneo, el mismo afán saturante y la misma práctica para todos: compartir. *Flujo* más que *emisiones-y-recepciones*, propias del esquema más anquilosado de la idea de comunicación.

Cuando el *flujo* se establece como norma de consumo de la información, se disuelve tanto la *informatibilidad* como el *valor-como-contenido*. Son diluidos por la misma voráGINE. Se trata de una fascinación por el flujo que sobrepasa toda otra lógica de comunicación. La velocidad informacional al punto del éxtasis: ya no tan importante comunicar, como sí extasiarnos con la capacidad para comunicar. Una concepción y unas prácticas que son solo posibles en el marco de una información que desborda de accesos y cuyo valor ligado a ellos (su *valor-como-objeto*, su *informatibilidad*) se encuentra diluido. Y es que, para que los sujetos puedan priorizar la evacuación y el flujo de la información por sobre todo, es porque no hay prioridad ni ánimo alguna en un *poseer*, en un *preservar*, en términos tradicionales, dicha información.

EXCURSO # 1, EN TONO ANECDÓTICO. SOBRE EL PRESENTISMO Y LA PROCRASTINACIÓN

Nuestro *régimen informacional* pareciera estar enmarcado y corresponderse con una suerte de «presentismo» constante. Sin ánimo de anunciarlo o colocarlo como una «causa» de esta concepción del tiempo, lo cierto es que en la «cartografía» que demanda nuestro *régimen*, ambos síntomas se distinguen sobre el terreno. Hay, en la lógica descrita para la información y nuestro uso de las tecnologías comunicacionales una primacía por el instante, lo inmediato, lo constantemente presente. Un rasgo que, a su vez, pareciera caracterizar todas las dinámicas a intercambios de la más diversa índole dentro de lo social.

El presente siempre presente¹⁴

Probablemente, el asumir nuestra relación con el tiempo sobre la base de un presente siempre presente y a punto de extinguirse, sea algo que parezca emparentable a la velocidad desenfrenada de la comunicación de nuestros días. Sobre todo, cuando esa concepción del tiempo parece característica exclusiva de las generaciones más jóvenes, criadas al amparo de este *régimen informacional*, en la línea de lo que señala el ensayista peruano Julio Hevia (2016), quien da cuenta de dichas mutaciones en el plano de los usos de la lengua. Pero la tensión que, en cuanto a la concepción del tiempo, se despierta entre las generaciones más jóvenes y las anteriores, debido a cierta idea cortoplacista y de fijación en el presente, no es exclusividad de este *régimen*. En tal sentido, el estudio del autor español Antonio Muñoz Carrión (2008), resulta esclarecedor con respecto a que la idea del «presentismo» no es exclusiva de nuestras derivas en la comunicación digital ni de nuestros usos de la información.

Dicho de otro modo, tiene larga data y se arrastra desde varias épocas anteriores esa imagen de los angustiados padres del ayer diciéndoles a los hijos del hoy que deben «pensar más en el mañana», «tener visión de futuro» o «no ver solo el día-a-día», entre otras máximas de un repertorio que va en la misma línea y que reclama, al final, con respecto a «¿cuál es el plan en la vida,

14 Las ideas primarias con respecto a la concepción presentista del tiempo, así como la *Relación Hombre-Máquina* (a tratarse en el cuarto capítulo de este libro) fueron expuestas en la charla «Las marcas de la tecnología en el razonamiento contemporáneo», presentada por el autor y el ensayista peruano Julio Hevia, el 17 de febrero de 2010, en Lima. Posteriormente, algunas de dichas ideas se recogerían y se desarrollarían a profundidad, a lo largo de los años, como parte de los temas del curso de *Historia de los medios*, dictado entre 2013 y 2017, en UCAL. En ambos casos, las versiones aquí incluidas se basan, principalmente, en la transcripción de una sesión de clase de dicho curso, de agosto de 2016.

al largo plazo?»¹⁵. Sin embargo, se dan ciertas características que hacen muy diferente a nuestro presentismo contemporáneo.

En primer lugar, la actitud juvenil, a partir de tal concepción del tiempo, no es ni la de una rebeldía respecto a los plazos impuestos, ni tampoco la de un disfrute vitalista del presente. Dicho de otro modo, existe una tremenda diferencia entre el *carpe diem* propuesto por el poeta romano Horacio, que caracterizaba el espíritu presentista del hipismo, por ejemplo, o de otras generaciones anteriores de jóvenes, al del #YOLO (*You Only Live Once*, en inglés), que invadió diferentes redes sociales y memes, así como otros «espacios» online desde 2011 y que se volvió emblema de generaciones jóvenes actuales¹⁶.

En la frase horaciana, existe un vitalismo que remite a un aprovechamiento del tiempo, a un re-conectarse con el presente a través de la vivencia, la experiencia, un máxima de no malgastar los momentos con que el sujeto cuenta. Una idea que recuerda, también, a uno de los personajes de Goethe, en *Clavijo*, cuando exclama que «el hombre no vive más que una vez en este mundo; una sola vez tiene su facultad vital, una sola vez se presenta la ocasión» (1872, p.6). Precisamente, hay cierto espíritu romántico en esa visión recostada sobre *el ahora* y que ha caracterizado versiones del «presentismo» (sobre todo juvenil) a lo largo de diversas épocas y contextos. Pero, en nuestros días, se asiste a una noción un tanto distinta de esta lógica, que refiere más a una *evacuación* que a una *experimentación* del presente. Más que una reconexión con el presente a través de la experiencia, de un experimentar el mundo, hoy prima una desconexión por hiper-conexión, que supone, de cierto modo, un no-experimentar el entorno, ni el tiempo, sujetos al tiempo siempre presente y sin referencias de las pantallas y sus flujos indiscriminados de información.

Asistimos a un momento en el que las generaciones menores estarían –se cree– atrapadas por su presente. Pero no únicamente en cuanto a no considerar el mañana como algo plausible, sino también en una aparente falta de «consciencia» del pasado o de una memoria que se remonte a más allá de lo instantáneo¹⁷. Como vivir cautivo –en una versión extrema– entre

15 Primera anécdota real, a modo de ilustración. La madre que recomienda al hijo: «Deberías construirte un futuro», a lo que este responde: «Tengo suficiente con que no se me derrumbe este presente, como para pensar en eso» (en algún punto de 2012).

16 Este acrónimo, originado a raíz de una canción que el cantante Drake popularizó en 2011, se ha convertido en otro ícono de la cultura pop y del imaginario del contenido en Internet. Desde ser parte de innumerables memes, pasando por aparecer en otras canciones, en tatuajes, grafitis, polos, stickers, etc., hasta ser considerado en cierta jerga de marketing como lo que caracterizaba a un nicho de mercado, llegando a hablarse en algunos casos de una «Generación YOLO».

17 Más anécdotas reales, a modo de ilustración. El alumno que, hacia noviembre de 2014, durante una pregunta hecha durante la clase, se detiene en medio de su respuesta y no recuerda

un «ya no» y un «todavía no». El futuro está muy lejos –no es avizorable– y, en paralelo, el pasado está muy atrás. Está completamente rezagado y solo existe para anularse y perderse en la tiranía del olvido siempre prematuro, en correlato al hecho de que la memoria es un ejercicio desacreditado (hoy, al final, esta se lleva en el bolsillo, está fuera de uno y tiene un puerto, blue-tooth o acceso a la nube¹⁸). En cambio –y en paralelo–, el futuro ni siquiera está en la mira, pues se retrasa.

En segundo lugar, otro rasgo característico de nuestra versión del *presentismo* es que se trata de algo que refiere no solo a las generaciones jóvenes. Si bien se ha mencionado la idea de esta *primacía del presente* como algo propio de ellas, lo cierto es que las sociedades de hoy, en todo su conjunto, parecieran vivir inscritas en esta misma lógica del tiempo. Ello debido a que el *régimen informacional* (a razón de la *velocidad* y del *flujo* de todo lo informativo) sitúa una misma dinámica presentista para todos nuestros intercambios sustentados en la información. Tal como ya se ha señalado: nuestra construcción de conocimiento, nuestras subjetivaciones e interacciones sociales y hasta la forma en que se construye el registro y la memoria de lo social, todas esas dinámicas sustentadas sobre una relación de instantaneidad propia de lo informacional. Claro, las generaciones más jóvenes –criadas a la luz de las pantallas digitales– encarnan mejor que nadie el espíritu de toda la sociedad, en tanto «cautiva del presente», pero se trata de un rasgo transversal. El *régimen informacional*, como tal, responde a esa concepción del tiempo. Nuestras prácticas de transmisión y almacenamiento de la información son el correlato de esa idea que tenemos del parámetro temporal. La *velocidad* propia de nuestra relación con la información podría asimilarse a la fijación que hay con el presente instantáneo (ese «ya no», que refiere a que el pasado está muy lejos).

Este *presentismo*, además, circunscribe dos dinámicas sociales que son, en última instancia, complementarias: un *cortoplacismo general* al que se suma una *tiranía de lo nuevo*. Lo primero corresponde a la idea de una cancelación inmediata de las cosas. Se traduce, también, en una mente cancelatoria. Más que experimentar el tiempo como un proceso, para los sujetos contemporáneos, el tiempo se convierte en inmanente (en la sintonía de evacuación del presente y de lo que se defiende con el afán del #YOLO). Lo segundo –la *tiranía de lo nuevo*– tiene que ver con que todo tiende a una caducidad general,

la pregunta que le fue hecha: «es que ya ha ocurrido demasiado desde que lo preguntó, profesor» (no más de cinco minutos, en total). O una alumna exclamando en clase, en abril de 2017: «¡En estos tiempos, lo lento es obsoleto y nadie se detiene!».

18 Otra anécdota real. El alumno que, en 2015, ante una pregunta con respecto a un contenido de una sesión anterior, responde: «Sí lo sé, profesor», sin agregar más; así, ante el reclamo del profesor, insiste: «Sí lo sé, porque está escrito en mi cuaderno y se quedó allí».

programada, esperada, establecida, que es parte de la misma concepción de las cosas. Esto no solo con los objetos, sino también con los productos simbólicos de nuestra cultura.

Pero pensemos, primero, en los objetos (donde quizá este «espíritu» sea más evidente). Si consideramos los artefactos y aparatos de épocas anteriores (incluso aquellos relacionados con la propia comunicación), uno de los rasgos determinantes de su calidad era su duración, su capacidad para ser imperecederos. Por ejemplo, una clásica máquina de escribir Underwood N°5 (de la primera década del Siglo XX), llevada con un buen mantenimiento, puede funcionar hasta nuestros días, incluso con más precisión que un smartphone de cuatro años de antigüedad que cuente con el mismo cuidado. Un buen objeto, antes, era un objeto para toda la vida. Un buen objeto hoy, como máximo durará un lustro. Pero lo importante es que *tiene que* durar ese tiempo, porque el usuario *tiene que* pasar a la versión que le sigue. Porque estamos sujetos a una tiranía de lo nuevo en todo. Gran parte de los objetos contemporáneos la tienen. Hay un cambio evidente: pasamos del *objeto-que-perdura* al *objeto-a-reemplazar*. En un mundo del *presentismo*, en el que las tecnologías se insertan en las relaciones informacionales ya descritas, esa *tiranía de lo nuevo* es un síntoma clave. Se traduce a nivel tanto de objetos como de productos inmateriales en lo que se denomina como *obsolescencia programada*, una estrategia de negocio por la que los productos se conciben con una caducidad planeada y que constituye parte del proceso de producción de los mismos. Ello, porque predispone el hacer social a abrazar la nueva tecnología de manera rápida. Ocurre, por ejemplo, con software cuyas actualizaciones restringen el uso de versiones antiguas, al ser estas incompatibles con las nuevas condiciones que requiere el programa. También así con la fabricación de soportes computacionales, como los microchips o con cada nueva oleada (casi anual) de *smartphones* que entrega el mercado.

Es algo que ocurre en diversos terrenos, con los vehículos, con la moda, incluso con los consumos culturales. Por ejemplo, antes, la idea del artista pop era que se mantuviera vigente a lo largo de años, en cierta constancia. Pero si pensamos en el mercado musical de hoy, los artistas aparecen en picos de popularidad muy intensos, seguidos de periodo de silencio mediático pronunciados. Reaparecen con un nuevo show mediático, una nueva película, un nuevo *algo*. Y cada pico coincide, además, con una nueva plataforma o con una nueva aplicación que se lanza, un nuevo *gadget*. La fama hoy también nace pensada y calculada para perecer.

Tal como señala un artículo publicado en el sitio web de *The Economist* (2009), el consumidor puede llegar a percibir esta concepción de diseño industrial de forma negativa hacia las marcas, viendo en ella una suerte de manipulación de tufo consumista. Malestar que se acrecienta aún más cuando

vivimos tiempos en los que el *consumo responsable* es tan medular para diversos públicos, al punto que mucha gente busca opciones alternativas de consumo de bienes (comprar ropa de segunda mano, bolsos en vez de bolsas, etc.).

Ilustra bien esta situación lo ocurrido entre fines de 2017 e inicios de 2018, en Francia, donde una organización llamada *Alto a la Obsolescencia Programada* (HOP, siglas de *Halte à l'Obsolescence Programmée*), propició una investigación en contra de Apple. Los miembros de HOP denunciaron ante las autoridades públicas francesas una supuesta obsolescencia programada en los celulares iPhone. El grupo señaló que Apple, deliberadamente, hacía que algunos modelos de iPhone funcionaran de forma considerablemente más lenta, a través de diversas actualizaciones de software. Esto, en coincidencia con el lanzamiento de un nuevo modelo, el iPhone 8, buscando que el público migrara necesariamente a dicho modelo. Según leyes francesas, la obsolescencia programada es un crimen y aquellas empresas que utilizan esta táctica se pueden enfrentar a sentencias de hasta 2 años, con multas de hasta 5% de sus ventas anuales (*The Guardian*, 2018).

Por otro lado, esta no sería la primera vez que Apple enfrenta acusaciones similares. Ocurrió, también en 2018, en Corea del Sur, a través de una organización similar a HOP, mientras en China, la cabeza del Consejo de Consumidores de Shanghái envió un comunicado público a Apple preguntando qué remedios ofrecía la compañía ante el ese funcionamiento lento de sus aparatos. Asimismo, solo en Estados Unidos, más de 30 diferentes demandas se han abierto en diferentes ciudades, muchas de ellas por la lentitud de los celulares sin el permiso o conocimiento de los usuarios (cfr. Toh, Geier y Kottasová, 2018).

La *obsolescencia programada*, pues, no sería otra cosa que una manifestación de esa *tiranía de lo nuevo*, expresada en el plano de los objetos. Pero esa tiranía atañe y caracteriza cualquier tipo de aproximación y consumo en el marco de este *régimen informacional*. Además, hoy, es constante y más evidente que en cualquier otra época de la historia: nada puede durar mucho tiempo. Si los fenómenos o las derivas de lo social duran mucho, se anquilosan y «pierden gracia».

Saturar y retrasar

Ahora bien, así como la *velocidad* y el *flujo* conectan con esa idea del presente, ese *presentismo* en su versión actual, la *saturación* –la otra gran dinámica de nuestro *régimen informacional*– también se emparenta a una mutación en la aprehensión del tiempo o los plazos. Pero remite a otro fenómeno: a una constante procrastinación (que tendría que ver más bien el ese «todavía no» respecto al futuro). Es precisamente la saturación de los contenidos la que sintoniza con la idea de la procrastinación, casi como reflejo de un «embota-

miento», de esa «inoperancia» de los sujetos frente a la enorme y desbordada cantidad de datos a los que se enfrentan. Correlato de la velocidad, el *presentismo*, propio de lo instantáneo y de lo inmanente. Correlato de la saturación, la *procrastinación*, como respuesta a una «sobrecarga» de contenidos, de actividades, de discursos.

La procrastinación conecta con el hecho de que el futuro está aún lejos y nos (re)conectamos solo con el presente. Reconexión que se presenta con una saturación de actividades y con vivir en una lógica multitask, pero al vacío. Un *estar siempre ocupado*, una sobre-saturación de actividades paralelas, aunque anodinas o a veces inútiles, incluso. Tantas y distintas actividades que no concretan más que en la nada prolongada respecto al avance de nuestras tareas realmente importantes, abandonadas hasta convertirá en urgentes. Al final, lo urgente es aquello importante que dejamos demasiado tiempo de lado.

La gente se inserta en un frenetismo constante de actividades, simultaneando en una lógica multitask constante. Uno salta de actividad en actividad todo el tiempo. Es algo que es parte de esta primacía del presente y que deriva en que, al final, o no se concreta ninguna de estas diversas actividades o, por el contrario, se retrasa continuamente –y todo lo que se pueda– la conclusión de alguna. No es, pues, una negación, una suerte de rebeldía o un rechazo consciente –«de plena elección»– para no hacer nada. No se trata, la procrastinación que aquí se describe de aquella actitud contestataria propia de Bartleby –célebre personaje creado por el escritor estadounidense Herman Melville a mediados del S. XIX–, que con su «Preferiría no hacerlo»¹⁹ da cuenta de una inacción que tiene ecos metafóricos de una puesta en jaque a todo el sistema laboral y en buena cuenta a cuestionamiento del orden socio-económico propio de la Modernidad. Por el contrario, la procrastinación a la que aquí se refiere tiene que ver más con un sujeto que está aplastado y saturado de actividad y acciones que «distraen» su accionar de aquello que debería realmente estar llevando a cabo.

No es gratuito que nuestras pantallas hayan triunfado tanto en cuanto a su fortalecimiento de esta procrastinación. Porque al mismo tiempo nos permiten tener todo tipo de *aplicaciones* abiertas y ejecutar en simultáneo toda clase de funcionalidades (en sintonía con el espíritu multitask de nuestros días). Es un derrame de información fluyendo que nos invita a saltar de una cosa a otra y al mismo tiempo –al mantenernos en dicho trance– no nos deja

19 Se trata de un cuento famoso Melville titulado *Bartleby el escribiente*, en el que el personaje de Bartleby es un copista contratado para trabajar en un despacho de Wall Street. El personaje, que al inicio se presenta como cumplido, respetuoso y hábil, termina negándose a ejercer cualquier tipo de función laboral y, en general, cualquier tipo de actividad. Toda solicitud, pedido, orden o increpación a los que era sometido solo tenían como respuesta de su parte un neutral y educado: «Preferiría no hacerlo» (cfr. 2011).

hacer nada más. Es como vivir haciendo *zapping* entre actividades anodinas e inútiles que socavan nuestra vida cotidiana.

Si bien la procrastinación no es algo que se haya instaurado con el *régimen* y la llegada de nuestras pantallas y soportes digitales, estos la facilitan como quizá no han hecho otros soportes en la historia. El hecho de que los *gadgets* actuales estén, por un lado, tan insertados en nuestras praxis cotidianas, así como la lógica que tienen para el flujo de información, los caracteriza prácticamente como los soportes de la procrastinación por excelencia. Esta llegaría a estar tan relacionada con nuestras praxis informacionales digitales, que incluso se ha llegado a hablar de una «economía de la procrastinación» (cfr. Tussey, 2018), ligada directamente con los comportamientos y formas de apropiación que, hoy, los usuarios hacen de su tecnología de conectividad móvil (smartphones, tablets, etc.) y que, en un futuro cercano (o en el presente de otras realidades) ha de corresponder a la forma de usar el Internet de las cosas (IOT, por sus siglas en inglés: *Internet of Things*²⁰), fenómeno sobre el que se volverá más adelante en este libro.

Y así, hoy, en sintonía con esa procrastinación, pareciera que la gente adquiere consciencia del agotamiento de los plazos cuando estos la «atrapan» en el presente. La proyección al futuro, que evitaría ese asalto de los límites temporales vencidos (o a punto de vencer), es de otro tiempo, que ya parece superado, desbordado, sea «para bien o para mal» (probablemente, la mayoría de profesores, educadores o gente más afín a las lógicas de otro *régimen informacional* diría que es una tragedia, que «todo está perdido»).

Nuevamente, se trata de efectos paralelos, de síntomas que se despliegan sin lógicas causales necesariamente claras ni fácilmente determinables. Desde una mirada, podría pensarse que el *presentismo*, con su *tiranía de lo nuevo* y su cortoplacismo, así como la *procrastinación* se relacionan únicamente con nuestros avances tecnológicos o con nuestro *régimen informacional* o, en todo caso, que son causados por ellos.

Pero lo cierto es que no se trata de algo tan sencillamente «adjudicable» a tales fenómenos. En cambio, son dinámicas que vienen cuajando desde mucho antes, incluso, en el plano de lo social. Desbordes que conectan con la idea de una sociedad acelerada, donde se han puesto en cuestión todos los órdenes institucionales que la sustentaban y todos sus discursos.

Ocurre, sí, que nuestro *régimen informacional* encarna, materializa de cierta manera, tales dinámicas al extremo, llevándolas a casi todo rincón de lo social, dado que todos nuestros soportes informacionales y mediáticos se insertan en ellos. Pero habría que evitar caer en el determinismo de ver a nuestro

20 El concepto, que data del año 1999, corresponde a la capacidad de todos los objetos de uso cotidiano de conectarse a Internet, con el fin de generar información a partir de su uso, de modo que mejoren la experiencia de los usuarios.

régimen como una causa de esta concepción del tiempo y sus azares. Las dinámicas desplegadas respecto a la información requieren un entendimiento y una concepción del tiempo como esta, del mismo modo en que, si se han consolidado tales dinámicas, es porque el tiempo se viene concibiendo, desde hace ya algún considerable tiempo, de esa manera acelerada y saturada.